



LA CRISIS ACTUAL EN LA ARGENTINA Y SUS EFECTOS EN LOS NIÑOS. MEMORIA Y FUTURO*

Beatriz Janin**

"Cada día nos levantamos para la misma tarea: comprender lo incomprendible; vamos adelante, por este tiempo terriblemente lacerante, como a través de un zarzal".

Lou Andreas Salomé (Carta a Freud - 19 de noviembre de 1914)

De un modo poético, Lou Andreas Salomé plantea el tema del dolor en relación con fenómenos sociales (en ese caso, la guerra). Atravesar un campo de zarzas es una tarea de la que se sale inevitablemente herido, con marcas. Clara metáfora de esa travesía inevitable y lacerante que nos impone a veces la realidad social.

Este trabajo plantea algunas reflexiones sobre las consecuencias, en el psiquismo infantil, de la crisis socio-económica que se vivió en la Argentina durante los últimos años (con un momento culminante en diciembre de 2001) y cuyos efectos siguen pesando. Crisis que tiene una larga historia y que produjo modificaciones importantes en las representaciones que sostenemos los argentinos de nosotros mismos. A la vez, demandas excesivas, desesperación y un exceso de violencia fueron tiñendo los vínculos íntimos y sociales.

El futuro incierto

"Yo me quería ir de vacaciones, pero no nos fuimos porque mis papás tenían miedo". ¿Miedo a qué?, pregunto. "A lo que va a pasar... al futuro...", dice una nena de ocho años en su primera sesión después de las vacaciones.

* Este trabajo tiene como antecedente el trabajo publicado en la revista *Aperturas Psicoanalíticas*, www.aperturas.org

** Psicoanalista. Directora de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con Niños de UCES (en convenio con la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires). Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica del Sur. Profesora titular en la Carrera de Psicología de UCES.

Miedo al futuro. Si el mundo venía siendo inseguro, si predominaba el “sálvese quien pueda”, de pronto, una serie de acontecimientos vertiginosos nos lanzaron a una especie de abismo en el que nadie sabía qué podía pasar mañana y en el que nada de lo que fue dicho o escrito valía en el momento siguiente. Toda previsión de futuro quedó desestimada inmediatamente.

La realidad social, política, económica, golpea y nos lleva a pensar en el valor de la irrupción de un “afuera” (que por momentos se confunde con el adentro), en la constitución de la subjetividad.

El bombardeo de estímulos sorprendidos y desorganizantes se hizo insoporable por intensidad y duración. Es decir, lo vivenciado se tornó imposible de ser tramitado porque los acontecimientos se dieron de un modo vertiginoso y tomaron todas las áreas, desde lo público hasta lo íntimo. Esto acreó diferentes tipos de respuestas.

“A mí mucho no me afecta, porque yo voy a conseguir lugares donde comprar todo más barato y me las voy a arreglar...”, afirma un paciente en el diván. “No duermo, siento que todo se desmorona, de esto no voy a poder salir...”, dice otro. Desde la desmentida y el refugio en fantasías omnipotentes hasta la depresión, la desesperación, el estado de angustia permanente... todas las variables se despliegan.

Si bien veníamos en un mundo marcado por la exclusión, en el que el quedarse afuera era equivalente a no tener un lugar, de pronto se hizo evidente que el país se había quedado “afuera” (¿de los sueños de primer mundo?) y que eso implicaba, nuevamente, muchas muertes.

Sensaciones de vértigo, de caída al vacío, de terror, de fin de mundo, se precipitaron. La cotidianeidad se vio trastocada.

Una familia está por emigrar. En una entrevista familiar, el hijo varón, de quince años, afirma: “Yo puedo ir a cualquier lado con tal que mi papá tenga trabajo. Así es insoporable”.

Retomemos, siguiendo a Piera Aulagnier, la “función metapsicológica que cumple el registro sociocultural”¹. Esta autora plantea que: 1) “la relación

¹ Aulagnier, Piera: (1975) *La violencia de la interpretación*. Amorrortu edit. Buenos Aires, 1977, pág. 169.



que mantiene la pareja parental con el niño lleva siempre la huella de la relación de la pareja con el medio social que la rodea", 2) el grupo inviste, antes del nacimiento de un sujeto, el lugar que se supone ocupará, 3) el sujeto deberá encontrar en el discurso del grupo referencias que le permitan proyectarse en un futuro, para poder alejarse de los padres sin perder todo soporte identificadorio (cuestión central en los adolescentes actuales, que no reciben enunciados identificadorios del contexto) y 4) la posición que la pareja ocupa en el medio social desempeñará un papel en el modo en que el niño elaborará sus enunciados identificadorios. Ideas que nos permiten pensar cómo se inscribe la realidad sociocultural en el niño y qué representaciones identificadorias promueve. Así, por sobre las vicisitudes individuales, la realidad social se nos impuso a los argentinos (y no es la primera vez que esto sucede). Pero los modos de inscripción y las posibilidades identificadorias son diferentes en los niños de diferentes sectores sociales.

Y es que los grandes temas en juego, el trabajo y los ahorros, involucran mucho más que una mera cuestión económica. Se trata de cuestiones que hacen a la construcción de la propia imagen. A la vez, permiten predecir y planificar el futuro y armar sueños...

La desocupación conmueve y golpea a los niños, en tanto que la caída del padre como proveedor puede ser vivida como una debacle narcisista en la que el niño queda sin sostén.

Cuando el futuro se supone catastrófico, evoca en cada uno imágenes de la propia historia (social e individual). Caos, hambre, guerra, desapariciones, se ligan en cada uno de nosotros a historias de antepasados y de nosotros mismos y van tomando forma en terrores particulares. Terrores que se transmiten de diferentes modos.

La economía lo invadió todo y, supuestamente, es la razón última. Una razón deshumanizante que deja reducidos a números y a ganancias posibles a los seres humanos.

Con la cabeza llena de una información improcesable, tristes por las esperanzas perdidas, con continuos cambios de reglas... nos encontramos todos en un alerta permanente, sujetos a un afuera impredecible.

El ser humano cuenta con barreras de protección contra los estímulos. Son instancias de transformación y mediación entre el adentro y el afuera. Pero los filtros frente al exceso de estímulos que cada uno pudo ir armando re-

sultan insuficientes, en tanto la vertiginosidad de los sucesos impide metabolizar las situaciones. Es difícil inscribir, grabar, en una vorágine en la que el diario trae noticias atrasadas.

Quedamos desbordados por afectos que no podemos procesar. Si el afecto es un primer registro de la vitalidad propia y ajena, el quedar inundados por un monto de excitación insoportable, el que predomine el afecto, angustia a la vez que estados afectivos contradictorios e imposibles de ligar, nos dejan en un estado de confusión y, muchas veces, de desvitalización.

La transmisión de lo traumático

El miedo al futuro, la dificultad para hacer proyectos, ¿cómo incide en los niños?

“Este país no existe”, “se cae todo”, “el derrumbe es total”, “lo que se viene es peor”, “la Argentina se hunde”, son aseveraciones cotidianas de los adultos. Frases que se asocian en los niños a imágenes de películas, de cuentos, a las propias pesadillas, a lo vivenciado y a lo transmitido, ligadas a la angustia con la que son dichas... ¿cómo tramitarlas?, ¿cómo ayudarlos a sostener deseos y proyectos en medio de estas profecías? Vaticinios del horror, de la soledad... “no va a quedar nadie”, declaraciones de impotencia por parte de los adultos “no sé qué hacer”... Y una imagen siniestra de transgresión a ultranza: “todo está permitido”.

Más de un paciente adolescente me dijo en estos días: “muchos se llenaron de plata”... con un tono entre cuestionador y admirativo... Si esos son los “vencedores” de hoy, ¿cómo procesar el que sus padres sean “perdedores”?

Un niño de siete años, en una sesión en un hospital de la ciudad de Buenos Aires, jugando con muñecos que luchaban todos contra todos, se mataban y volvían a empezar (en una pelea confusa y violenta), frente al intento de la analista de ordenar la pelea en buenos y malos, afirma: “la ley no existe y si existe, no sirve para nada”. En la misma sesión, cuando la analista le dice (en el juego): “los policías apresaron a los ladrones”, el nene se ríe y le contesta: “te engañaron, cuando los detengas se sacan las caretas y vas a ver que los ladrones son policías disfrazados”. (Esto cobra un sentido particular al ser afirmado por un niño de una familia de escasos recursos, en un país en el que la policía suele estar involucrada en hechos delictivos). Es un niño encoprético en el que se reitera la transgresión a toda norma. Pe-



ro lo novedoso fue que planteaba la transgresión como legítima.

Quizás todo sea posible... o imposible... en un mundo caótico, sin ninguna regla clara.

A los niños, la contradicción entre palabras y acciones, entre principios morales, normas y actos, les dificulta constituir su propio sistema normativo, pero también sentirse parte de un mundo protector, que sostiene reglas claras. El mundo pasa a ser peligroso, impredecible.

¿Cómo constituir la propia subjetividad en un mundo sin reglas? ¿Cómo organizar el pensamiento si lo que predomina es la confusión más absoluta, si la transgresión es la norma? ¿Cómo ayudar a este niño a organizar el caos interno que lo desborda, si el mundo le ofrece otro caos en el que él no tiene un lugar? Lo único que impera es la violencia, en tanto la justicia, que podría ponerle freno, "no existe".

Cuando la opción es entre el sometimiento a un poder omnímodo y la identificación con ese poder, los niños y los adolescentes quedan encerrados en una disyuntiva tramposa que arrasa con posibilidades elaborativas propias.

Freud sostiene que la ética supone una limitación de lo pulsional. Considerando el movimiento de la pulsión sexual y el entramado de Eros y Tánatos en ella, podemos decir que la ética implica una limitación en el movimiento de retorno de la pulsión, es decir, en el efecto de la pulsión de muerte. Al proponer nuevos caminos, los principios éticos se oponen al cerramiento, a la descomplejización que implica la desaparición de la pulsión misma como motor y a la vez fortalecen el movimiento de búsqueda permanente, como derivación a otras metas.

Pero cuando en una sociedad predomina la transgresión de las normas éticas, los chicos quedan atrapados en un mundo de terrores en el que se les combinan las representaciones parentales con las propias escenas temidas. Así, las representaciones que en cada uno reverberan y que remiten a persecuciones, muertos, miseria... ¿cómo les son transmitidas si muchas veces no son hablables, ni pensables siquiera para nosotros mismos? ¿A qué historias fantásticas remitirán en ellos? ¿A qué vivencias de padres, abuelos, bisabuelos?

La idea de una debacle, de un no-futuro o de un futuro espantoso, produce

una inundación de afectos y fantasmas ligados a lo temido por uno mismo y por las generaciones que lo precedieron.

Pienso que si lo traumático tiene siempre que ver con las posibilidades metabolizadoras de cada uno, hay situaciones en las que los recursos de la mayoría de la gente se ven desbordados.

En este sentido, cuando se deja de pensar en términos de futuro, de proyectos, el pasado vuelve, ya no como historia, como relato de sucesos pasados, sino como retorno de lo temido, inundando y aplastando al presente...

Durante estos meses, vengo observando que lo temido para cada uno de mis pacientes es diferente: la miseria, el caos social, el ser víctima de un acto delictivo, la segregación, la guerra, la persecución política, etc. Es decir, el pasado en su aspecto temido vuelve como único futuro posible, en una especie de cierre que no permite otro tipo de circulación. Lo que deja a los niños detenidos en una "falsa infancia", siendo eternamente niños y en realidad nunca niños, en tanto ausencia de un contexto protector.

Y me pregunto: ¿es posible la construcción de un futuro sin utopías?

La historia

Sabemos que para construir un futuro hay que poder recuperar la historia. Y pienso que eso, en el caso de nuestro país, no es sólo recordar lo sucedido sino hacer justicia.

Eugène Enriquez escribe: *"una sociedad sin memoria o con memoria alterada es una sociedad alienada, [...] una sociedad sin memoria no ha castigado (o ha castigado insuficientemente) a los autores de los crímenes. En ello reside el mayor escándalo."*²

Freud, en *El Malestar en la Cultura*, plantea en relación a la justicia: *"Esta sustitución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo. Su esencia consiste en que los miembros de la comunidad se limitan en sus posibilidades de satisfacción, en tanto que el individuo no*

² Enriquez, Eugène: (2000) "Plus jamais ça". *Revue Française de Psychanalyse. Devoir de mémoire: entre passion et oubli*. 1. 2000. Tome LXIV - pág. 193. Presses Universitaires de France - París.



conocía tal limitación. El siguiente requisito cultural es, entonces, la justicia, o sea, la seguridad de que el orden jurídico ya establecido no se quebrantará para favorecer a un individuo." [...] "El resultado último debe ser un derecho al que todos –al menos todos los capaces de vida comunitaria– hayan contribuido con el sacrificio de sus pulsiones y en el cual nadie pueda resultar víctima de la violencia bruta."³

En un país en el que los autores de torturas, asesinatos, robos de niños, están libres, es difícil para un niño constituir un sistema sólido de normas, un espacio en el que él logre ubicarse como parte integrante de un cuerpo social reglado.

Chasseguet-Smirgel afirma: "Deshacer las desmentidas y las represiones da acceso al recuerdo y a la realidad."... "El "deber de memoria" reposa ante todo en un trabajo colectivo de deconstrucción de renegaciones."⁴ Trabajo colectivo al que seguramente los psicoanalistas podemos hacer aportes...

Las culpas

"¡Basta, basta!, ¿no ves que no se puede más?", entra gritando a la primera sesión después de las vacaciones una nena de diez años, en un estado de desenfreno. (Durante su primer año de análisis, en las sesiones predominaban los ataques de furia y desesperación, pero en los dos años siguientes estas situaciones habían desaparecido por completo). Y comienza a tirar todos los juguetes, tizas, sillas, mientras dice: "No hay plata. Y mi papá chocó el auto... porque cruzó un perro... y entonces ¿quién tiene la culpa?... el perro... pero ahora tiene que arreglar el auto... y no tiene plata... ¿Y quién tiene la culpa?"... Hay que encontrar un culpable... ¿es ella la culpable?... Es necesario que le hable despacito, la haga sentar y le explique que están pasando muchas cosas que ella no entiende, que los grandes tampoco entendemos todo y que ella no tiene la culpa de que el papá no tenga plata, y entonces llora, dice que todo les salió mal, se acuerda de la muerte reciente del abuelo y después comienza a dibujar una nena y otra nena... en un intento de "dibujarse" nuevamente, de reencontrarse...

³ Freud, Sigmund: (1930 - 1929) *El Malestar en la Cultura*. Amorrortu Editores. Vol. 21. Pág. 94. Buenos Aires, 1988.

⁴ Chasseguet-Smirgel, J.: (2000) "Trauma et croyance". *Revue Française de Psychanalyse*. 1. 2000. Pág. 45. PUF. París.

En los adultos, frente a todo lo perdido (léase trabajo, dinero, tiempo, proyectos, confianza y autonomía) aparecen autorreproches: "¿cómo pude ser tan tonto/a?" en referencia a tener dinero en el banco o a haber sacado un crédito (es decir, por haber realizado acciones lícitas). Impera una representación que divide a los tontos y a los vivos, los que no saben y los que saben, pero que alude a un saber sobre la estafa, sobre los cambios de reglas, sobre el poder omnipotente de algunos sobre el conjunto. Un saber que supuestamente deberíamos tener de que en este país toda ley puede ser quebrada.

La otra frase de autorreproche es: "¿Cómo no hicimos? ¿Por qué no salimos antes? ¿Por qué dejamos que robaran?". Modo de plantear una "culpa colectiva" que vuelve a borrar las responsabilidades efectivas.

Así, quedamos con una imagen devaluada y culpabilizada de nosotros mismos.

Los niños repiten: "¿quién tiene la culpa?", sintiéndose posibles culpables de algo indefinido, sin tener claro si los padres (aquellos que deberían estar idealizados) son tontos o malos. Padres que se autodescalifican permanentemente y estallan a cada instante...

Cae entonces sobre niños y adolescentes la exigencia de sostener a los adultos, de hacerse cargo de lo que sus padres no pueden resolver. Ya en los últimos años, las demandas parentales vienen siendo desmedidas y se viene transmitiendo a los hijos un vaticinio catastrófico: "nunca va a poder sólo", "se piensa que lo voy a mantener toda la vida". "¿No se da cuenta de que no doy más?". Vaticinio que no es más que la proyección en el hijo de la propia sensación de fracaso en relación con los propios proyectos. No hay proyectos para ellos y, cuando los hay, estos tienen tal distancia con las posibilidades reales del niño, que su cumplimiento se torna imposible. Mientras los adultos fluctúan entre la furia y la tristeza, los adolescentes se deprimen: "No me quieren, nunca están conformes conmigo". "No sé qué es lo que esperan de mí". "Si nada sirve, para qué seguir estudiando". La muerte aparece como alternativa. Mientras tanto, los niños se desvitalizan o entran en funcionamientos maníacos, tratando de "alegrar" a los adultos, sintiendo que fracasan en el intento por causas que desconocen y que suelen atribuir a fallas propias.

Los duelos

Separaciones matrimoniales desencadenadas por pérdidas de trabajo, sepa-



raciones de padres e hijos porque unos u otros emigran... Hay una especie de hemorragia lenta y continua, de pérdidas de lugares, de posiciones, de vínculos.

Y los niños sienten la crisis directamente (por restricción de los gastos, por pérdida de colegios, clubes, regalos, vacaciones, o más brutalmente por restricciones en la satisfacción de las necesidades básicas, como la alimentación y el abrigo), pero fundamentalmente a través de los efectos de ella sobre los padres. Es decir, tienen que afrontar la depresión, el desborde y la angustia de los adultos. Y se ven obligados a hacerse cargo de más de lo que pueden.

Un nene de tres años, después de una pelea entre los padres, dicen: "No sé por qué se pelean... porque si no, yo voy al hospital... porque son malos... y yo les voy a pegar. Mi papá es el ladrón, mi mamá no... no, mi papá es el policía y maneja el auto y mi mamá va atrás, no, yo manejo el auto y les digo que no se peleen... ¡Portate bien!, les digo". La confusión infantil frente al desborde de los adultos es total. ¿Cómo no referirlo a sí mismo como causa de todo lo que ocurre?

El que los adultos carezcan, muchas veces, de recursos para generar otras posibilidades es consecuencia del estado de aturdimiento en el que quedan, sorprendidos frente a las situaciones nuevas. Esto lleva a que los niños se queden frente a padres que no pueden sostener su función como seres pensantes.

En un mundo en el que hay, para muchos, carencia de comida, de abrigo, de vivienda, también nos encontramos con carencia de representaciones. No encontramos palabras para nombrar lo que ocurre. Hay un incremento de afectos que no pueden ser traducidos en sentimientos y un bombardeo de estímulos visuales. Y hay agujeros en la representación de sí mismo en términos de sujeto productor, con derechos, autónomo. Y cuando los adultos quedan arrasados por las circunstancias, habiendo perdido la identidad, si quedaron reducidos al registro de la necesidad, ¿cómo reconocer a los hijos como seres deseantes? Porque para ubicar a otro como tal, como un sujeto con derechos, hay que reconocerse a uno mismo como alguien igual a otros, con derechos y obligaciones y al prójimo como un semejante diferente.

Podemos preguntarnos: ¿cómo construir una identidad en esta situación si, como plantea Piera Aulagnier, el contrato narcisista entre el niño y el grupo se quiebra, porque "en el momento en que el Yo descubre lo exterior a la

*familia, en el momento en que su mirada busca allí un signo que le dé derecho de ciudadanía entre sus semejantes, encuentra un veredicto que le niega ese derecho, que apenas le propone un contrato inaceptable: en efecto, su respeto implicaría que en la realidad de su devenir renuncie a ser otra cosa que un engranaje sin valor al servicio de una máquina, que no oculta su decisión de explotarlo o excluirlo”?*⁵

Y si una función parental “suficientemente buena” implica que los padres permitan al hijo la reasunción transformadora singular de su cuerpo y de su historia, a través de la constitución de una representación narcisista estable y coherente, ¿en qué sostener el amor a sí mismo si predomina la vergüenza y la culpa por pertenecer a un grupo?

Los niños, frente a la depresión de los padres, suelen ubicarse como causa de la depresión o identificarse con el otro deprimido. Al dirigirse a otro que no responde, porque está ocupado en otras cuestiones, el niño queda lanzado a un vacío de sentido.

Sabemos que la depresión se transmite a los hijos... muchas veces sin palabras... Comienza a haber un vacío en los intercambios, un silencio pesado... y los chicos tienen que elaborar más de lo que pueden, solos, conectados con el vacío del otro.

¿Qué perdieron los niños en estos meses? Perdieron a los padres como fuente de seguridad. Y perdieron un espacio en la cabeza de los padres, ocupados en otras cuestiones... También, perdieron a los padres como filtros. En tanto desbordados, sobrepasados por los estímulos, los padres no pueden funcionar como filtros de lo que el niño recibe.

Cuando ha habido pérdidas económicas pero se conservó el lugar de trabajo (aunque se haya perdido el poder adquisitivo del sueldo y aún cuando este no se cobre), los adultos suelen mantener la estabilidad psíquica. Es decir, hay que tener en cuenta que la marginalidad no implica sólo cuestiones económicas sino fundamentalmente la imposibilidad de armar redes para resolver cuestiones. Así, en las inundaciones en la provincia de Santa Fe, fue muy diferente la situación de las familias de clase media “inundadas”, que podían recurrir a casas de familiares y amigos que la de aquellas que

⁵ Aulagnier, Piera: (1975) *La violencia de la interpretación*. Amorrortu edit.. Buenos Aires, 1977 - pág. 167.



no tenían donde ir porque todo el entorno había quedado “bajo las aguas”. También en esa situación hubo diferentes respuestas que dejaron marcas. Así, los niños de los barrios pobres, además de perder sus posesiones, se encontraron con miradas de recelo, desconfianza y gestos expulsivos por parte de algunos de los habitantes del “centro” de la ciudad, que se sentían a su vez invadidos por los “de la periferia”.

La transmisión y los chicos

Hay diversos modos de transmisión de las historias y diferentes memorias: memoria corporal, memoria sensorial, memoria cinética, memoria en imágenes, memoria de palabras. Serían diferentes escrituras (en el cuerpo, en la sensorialidad, en acciones, en percepciones visuales y en representaciones-palabras).

Y también hay una memoria de agujeros representacionales que promueven la no-inscripción, la desligazón, el “desaguar” recuerdos (una memoria del no-pensamiento, en términos de Bion).

Y lo que está claro es que se transmite mucho más de lo que se dice y de lo que se quiere transmitir.

Serge Tisseron afirma, con relación a la transmisión transgeneracional de los traumas: *“Cuando en una generación, después de un traumatismo que puede ser un duelo, pero que también puede ser cualquier tipo de experiencia traumatizante, no se hace el trabajo de elaboración psíquica, resulta en consecuencia un clivaje que va a constituir para las generaciones ulteriores una verdadera prehistoria de su historia personal”*. [...] *“El acontecimiento en cuestión puede denominarse “indecible” en la medida en que está presente psíquicamente en aquel (o aquellos) que lo ha vivido, pero de tal manera que este no puede hablar de ello, lo más a menudo a causa de una vergüenza”*. En los hijos, de lo que se trata entonces es de convivir con el clivaje de los padres y en ellos los acontecimientos se tornan inenunciables, *“es decir, que no pueden ser objetos de ninguna representación verbal, mientras que en los nietos serán impensables. Aquí se ignora la existencia de un secreto que pesa sobre un traumatismo no superado”*.⁶

⁶ Tisseron, Serge: (1995) Introducción. El psicoanálisis frente a la prueba de las generaciones. En *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*. Amorrortu Edit. Buenos Aires, 1997. Pág. 18 y 19.

“Tuve un sueño en el que todos los edificios estaban semi-vacíos... Yo caminaba por la calle y no había nadie”, cuenta una paciente. E inmediatamente asocia con el hecho de que gran parte de sus amigos y parientes se están yendo del país, lo que le provoca un estado de desolación y desamparo, en tanto debe realizar permanentemente duelos. “Lloro todo el día, pero con mis hijos estoy bien... ellos no se dan cuenta de nada”. ¿No se dan cuenta de nada o el silencio los deja en una situación de desprotección mayor, sin poder poner palabras a la tristeza materna?

A la vez, se les propone a niños y a adolescentes la emigración como única salida, en un movimiento expulsivo en el que todos esperan que “ellos” puedan armar un futuro en el afuera (y esto se escucha en consultas hospitalarias a padres que no podrían pagar un pasaje). Es decir, el futuro posible implica el abandono de los vínculos cercanos, es un futuro de separaciones y duelos. (En este sentido, me parece que es muy diferente el posibilitarle a un hijo irse como proyecto armado por él, a esta situación en la que se desea que se vayan como única vía de “salvarse”). Este drenaje permanente de gente joven, en un país que se caracterizó por ser un lugar que recibía a “todos los hombres del mundo”, se torna muy doloroso, dejando agujeros en la representación del país como grupo de pertenencia. A esto se le agrega la búsqueda generalizada de la nacionalidad de los abuelos o bisabuelos, como modo de adquirir una identidad valiosa.

Los proyectos

Sabemos que un niño puede aceptar ser dependiente y que sus deseos no sean satisfechos, a partir de la promesa de que va a ser grande y autónomo y que, como plantea Freud, tendrá una vida mejor que sus padres, cumplirá los sueños que los padres no han realizado... Pero ahora, la caída de sueños los involucra. Se supone que su vida va a ser peor, que deberá realizar enormes esfuerzos para sobrevivir. El conjunto de los enunciados identificatorios que recuerda, en tanto aparecen como proyecto identificatorio, quedan desestimados, borrados. El mañana, el proyecto diferido, queda anulado o ubicado como catastrófico. Frente a esto, en un puro hoy que lo desmiente como niño, puede apelar a un funcionamiento maniaco y moverse sin sentido o armar una coraza protectora y desmentir percepciones y afectos (y enfermarse) o quedar en estado de alerta (lo que los maestros leen como desconcentración, falta de atención) o deprimirse o entrar en estados de desborde.



Piera Aulagnier afirma: *"Si este futuro es ilusorio, lo que es indudable, el discurso de los otros debe ofrecer en contraposición la seguridad no ilusoria de un derecho de mirada y de un derecho de palabra sobre un devenir que el yo reivindica como propio; solo a ese precio la psique podrá valorizar de lo que "por naturaleza" tiende a huir: el cambio"*.⁷ Es decir, el temor al futuro deja a los niños y adolescentes en una "eterna niñez", en una dependencia sin salida.

Un tema fundamental es el sostenimiento de proyectos por parte de los padres. Cuando estos pueden armar salidas (aunque sea fantaseadas) permiten que el niño siga conectado con cosas vitales, aunque haya perdido bienes materiales.

Rosine Crémieux⁸ plantea que uno de los elementos constitutivos del psiquismo es la esperanza de obtener ayuda externa. ¿Qué efecto de desfallecimiento psíquico puede acarrear el que no haya esperanzas a nivel colectivo y que el mundo externo aparezca como peligroso?

Las consecuencias psíquicas de la crisis

Depresión, enfermedades psicosomáticas, estado permanente de ansiedad, hiperkinesia, dificultades de concentración, insomnio...

Contracturas, gastritis, dolores de cabeza, son motivos de consulta habituales y reiterados en este momento en los consultorios pediátricos.

Los maestros plantean que los niños están tristes y desconcentrados. La desvitalización es uno de los problemas acuciantes.

En los adolescentes, se han incrementado las situaciones de violencia y la drogadicción, como "tentativa ineficaz de autocuración de sufrimientos impensables"⁹.

⁷ Aulagnier, P.: Ob. cit. Pág. 169.

⁸ Crémieux, Rosine: (2000) "Stücke or not Stücke". En *Revue Française de Psychanalyse* 1. 2000. Tome LXIV. PUF Paris.

⁹ Hachet, Pascal: (1995) "Criptas y fantasmas en toxicomanía". En *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*. Amorrortu Edit. Buenos Aires, 1997. Pág. 119.

La apatía, el ensimismamiento, y sobre todo la desvitalización, son cuestiones que se reiteran. En relación con esta última, es importante tener en cuenta que niños y adolescentes quedan en un estado semejante al de las víctimas de episodios de violencia, en ese límite en que son “muertos-vivos”, con poco registro de sensaciones y afectos.

Frente a la crisis de los ideales colectivos y lo riesgoso o inadecuado de los valores sostenidos por otras generaciones, hay una tendencia a centrarse en los ideales del yo-ideal, ideales de omnipotencia y perfección, lo que deriva en la idealización del funcionamiento infantil como mágico y todopoderoso. Pánico a crecer, apatía por lo externo, indiferencia por los otros, o sobreadaptación, con la constitución de un falso self, son modos en los que la conflictiva se manifiesta.

Cuando los ideales colectivos tambalean, es mucho más difícil sostener y transmitir ideales. Y sin ideales, no hay proyectos ni idea de futuro. El sostenimiento de proyectos y de ideales en los adultos posibilita pensar a los hijos con proyectos propios.

A la inversa, el borramiento activo de la memoria, la supeditación a la violencia de otro y la ausencia de justicia son exigencias incompatibles con la construcción de la subjetividad.

Como plantea Janine Chasseguet-Smirgel, “*el ideal del yo implica la idea de proyecto. Fain y Marty (1959) hablan, más concretamente todavía, de esperanza. Esperanza y proyecto implican posposición, rodeo, inscripción temporal, que son características de un modo de funcionamiento mental según el principio de realidad. El conjunto evoca la idea de desarrollo, de evolución*”¹⁰. Podemos decir que los proyectos son la presencia de la pulsión de vida allí donde el narcisismo primario se quiebra, muestran la distancia con el ideal y a la vez lo ubican como posible. Proyectos y esperanza permiten desplegar el empuje pulsional de un modo mediatizado, frenar la pura insistencia de la muerte.

La desmentida de lo vivenciado por parte de una generación, ¿cómo se inscribe en la siguiente?

¹⁰ Chasseguet-Smirgel, J.: (1975) *El ideal del yo*. Amorrortu Edit. Buenos Aires, 1991. Pág. 50/51.



Frente al dolor de la pérdida, la justicia funciona como organizador. Al modo de la vivencia calmante, posibilita conexiones que no lleven a la expulsión del recuerdo, que frenen la tendencia hacia la muerte.

Pero si no hay justicia, lo que queda inscripto es el agujero, las puras marcas del dolor, el devenir desinscriptor, el territorio arrasado como llaga permanente.

En un mundo en el que se privilegian los números y lo que se ve, los niños deben cualificar sensaciones, armar cadenas representacionales, traducir afectos, construir una imagen de sí... y corren el riesgo de que predomine el vacío, como ausencia de cualidades y matices o de hacer un armado que encubra un vacío.

Vacío de sentimientos y pensamientos que aparece siendo el gran protagonista de la psicopatología infantil y juvenil en la actualidad.

Si diferenciamos los tipos de depresión en los adultos tomando los desarrollos de H. Kohut sobre el Hombre Culpable y el Hombre Trágico en términos de: "qué es lo que no hice o hice mal" (la culpa ligada al pasado) o "soy insuficiente para cumplir con lo que debería hacer; no voy a poder" (la insuficiencia, ligada al futuro), es decir, si pensamos en el peso del Superyó y del Ideal del yo, podemos distinguir (en un intento sistematizador, que quizás sea un poco esquemático):

Adultos deprimidos (por culpa en relación con el pasado).

Adultos deprimidos (por insuficiencia en relación con el futuro).

Adultos desbordados (suelen ponerse violentos).

Adultos paralizados y expectantes (en alerta constante).

Y podemos inferir que esto trae diferentes tipos de efectos.

Frente a los adultos deprimidos por culpa, los niños suelen: a) ubicarse como culpables (ellos son los malos que provocaron la situación actual; b) hacer actuaciones maníacas (sobreexcitación) intentando alegrar a los adultos o, por lo menos, mantenerlos vitales; c) tener funcionamientos que pueden ser catalogados como hiperkinesia.

Así, podemos pensar que los adultos deprimidos por insuficiencia (caída



de proyectos y de esperanzas) promueven en los niños: a) temor al futuro (no quieren crecer); b) sensaciones de insuficiencia (no pueden conformar a los padres); c) apatía (nada les interesa); d) renuncia a aprender, a competir, a luchar... en un "bajar los brazos", rendirse antes de comenzar la pelea.

Los adultos desbordados suelen favorecer: a) sopor, desconexión; b) trastornos de pensamiento; c) estado de alerta angustioso; d) actitud vengativa frente al mundo; e) dificultades para atender en el ámbito escolar.

Frente a los adultos expectantes los niños suelen entrar en: a) estado de repliegue narcisista; b) depresión (por no ocupar un lugar para el otro).

En términos generales, se ha notado un aumento en los niños de las enfermedades psicosomáticas, los trastornos de la alimentación, las reacciones de angustia, los trastornos de aprendizaje en general y las situaciones de pánico, entre otras patologías.

Otro elemento a tomar en cuenta es la diferencia entre hombres y mujeres en su respuesta frente a la crisis. En la provincia de Santa Fe, entre los refugiados por la inundación, las que han salido a conseguir comida, ropa, frazadas y se ocuparon de los chicos fueron las mujeres. Esto también lleva a preguntarse qué pasa con las identificaciones de los niños con sus padres, con quién se identifican y cómo se construye el lugar de hombre y de mujer en las situaciones de crisis.

De lazos fraternos

Sin embargo, no solamente hay tristeza y desesperanza en este momento. Se han producido, con los cacerolazos, las asambleas barriales, las fábricas autogestionadas por los obreros, el trueque, nuevas formas de resistencia y de conexión.

Los niños se han quedado con padres deprimidos, confundidos, por momentos furiosos. Pero también con padres que se ligan a otros, que salen a la calle, que defienden sus derechos y que levantan valores como "justicia" y "solidaridad".

Entonces, también hay transmisión del apoderamiento, como dominio de los problemas, como acción coordinada (en el dominio de uno mismo y del mundo).



Desde hace mucho venimos diciendo que es fundamental, frente al capitalismo salvaje, armar redes de reflexión, de contención, de trabajo... En la crisis actual, a través de diferentes formas de encuentro, mucho más que la figura del líder, lo que está en juego son redes fraternas. Se van recomponiendo lazos solidarios.

Los niños han participado de los cacerolazos, en una actividad (“hacer ruido” en señal de protesta) que les resulta familiar.

“A la noche, hay un ruido feo que no me deja dormir... En casa cerramos todo pero igual se escucha...”, dice angustiada una paciente de ocho años. Esa misma nena, a las pocas semanas, me cuenta: “Con mi papá fuimos a la esquina, al cacerolazo... y había fuego para que no pasaran los autos y yo fui y no tuve miedo... porque era yo misma la que golpeaba la cacerola... ¡yo misma!...”.

La acción compartida permite apoderarse de lo desconocido y ligar la angustia. Un trabajo de apropiarse de los espacios, de tomar la palabra, de ser protagonista de la historia, parece estar en marcha. Me parece central, en este sentido, pensar que los traumas pueden ligarse vitalmente y producir reorganizaciones psíquicas complejizadas.

Situaciones como estas, de un intenso bombardeo de estímulos dolorosos, llevan a estados de desborde, a estallidos. Lo que se inscribe son huellas que empujan a la desinscripción. Y se hace difícil la elaboración individual de estos acontecimientos sociales. Por eso, las acciones colectivas tienen un “plus” de sentido: permiten el procesamiento del dolor, del desamparo, de la caída de la propia imagen a través del armado de nuevas cadenas representacionales; se construye una memoria compartida que se opone al olvido y a la muerte. Hay así posibilidades de abrir recorridos más complejos, de que se vayan armando nuevas tramas... en espacios compartidos. Para los niños esto parece ser fundamental. Los padres pueden no estar en condiciones de contenerlos, pero el grupo social puede operar como continente protector.

Así, en un barrio marginal de la zona sur del Gran Buenos Aires, un grupo de mujeres fueron armando un comedor infantil que se constituyó en eje de sus actividades y también de las de sus hijos. Mujeres que no se sentían contenidas en otros espacios, comenzaron a festejarse mutuamente los cumpleaños, a compartir dificultades y, de ese modo,

a poder ir otorgándole a los niños del barrio un sostén diferente.

Cuando hay posibilidades de respuesta por parte de los padres, los niños se sienten mucho más contenidos. El sostén grupal da mayores posibilidades de complejizar psíquicamente. Las acciones colectivas tienen un efecto ligador y permiten identificaciones grupales fundamentales.

Cuando la memoria se transforma en historia colectiva, compartida, se pueden abrir puertas de elaboración, se puede empezar a metabolizar, armando una transmisión que no sea repetición en acto. Considero que en este momento la gente ha salido a la calle en un intento de apropiación de la historia, transformando la pura repetición en tramitación colectiva de lo siniestro.

Rosine Crémieux, hablando de los campos de concentración, dice: *"Me parece que lo que contribuye a reforzar la voluntad de sobrevivir, es la posibilidad de establecer un lazo entre nuestras acciones pasadas y nuestras condiciones presentes. En ese esfuerzo de ligazón, aún cuando cada uno utilice los recursos de los que dispone, el lazo al otro es esencial. La solidaridad es comunmente descrita como un elemento indispensable de la sobrevivencia."*¹¹

Pienso que esto es particularmente importante ahora. Poder reconocerse en un antes y proyectar un futuro, seguir siendo uno y mantener lazos con otros. Porque también se trata de sobrevivir "con" el otro.

El "sálvese quien pueda", el predominio del individualismo, deja indefensos a niños y a adultos, expuestos a una puesta afuera de la pulsión de muerte que es puro remedo narcisista: o él o yo. A veces, los niños quedan como depositarios de las angustias de los padres, operando como un "depósito" en el que va a parar lo que los padres no soportan de sí mismos, invirtiéndose los lugares. Hay una exigencia implícita por parte de estos padres de ser maternados por sus hijos. A veces, un niño no se puede separar de uno de sus padres como modo de cuidarlo, de evitar que caiga en estados de depresión o de desborde. ¿Cómo ubicarse en una continuidad con los antepasados y construir el propio yo con ese acervo representacional? ¿Cómo ubicarse como ser vivo, valioso, en un mundo en el que los mensajes implican un descuido de la vida?

¹¹ Crémieux, Rosine: (2000) "Stücke pr mpt Stücke". En *Revue Farnçaise de Psychanalyse* 1. 2000. Tome LXIV. PUF Paris. Pág. 49.



Si el “sálvese quien pueda” deja desprotegidos a niños y a adultos, la solidaridad y la acción conjunta protege, por una doble vía, a los niños. En principio, porque se pueden insertar en un contexto grupal, se pueden identificar con otros y porque si el adulto se hace cargo del trabajo de elaboración, el niño no queda como aquel que tendrá que cumplir con un mandato imposible.

Una transmisión que suponga la consideración del otro como tal y una ética que no sea la del sacrificio sino la de la defensa de la vida, puede ayudar a los niños y adolescentes a tramitar lo vivenciado sin desmentirlo y a encontrar salidas complejizadoras frente a la crisis.

Pienso que, como plantea Bernard Golse, se puede diferenciar entre traumatismos de vida y traumatismos de muerte. Es decir, los traumas pueden ligarse vitalmente y producir reorganizaciones psíquicas complejizadoras.¹²

Me parece que trabajar con los pacientes a partir del reconocimiento de esta intrincación particular de historia colectiva, transmisión transgeneracional y entramado representacional subjetivo, pensar y compartir con otros colegas lo que podemos generar en el trabajo cotidiano, cuestionarnos y preguntarnos sobre nuestra práctica y sobre todas las modificaciones que la situación actual le impone... puede llevarnos a nuevos desarrollos y a enriquecer el campo del psicoanálisis.

La cuestión es que se vayan abriendo, en los pacientes y en nosotros mismos, posibilidades creativas a partir del procesamiento del dolor... y pienso que en esta tarea los analistas tenemos mucho que construir.

Un año después

Como efecto de movimientos político-sociales, se han producido cambios importantes en el país. La impunidad y la corrupción comienzan a ser jaqueadas. Y renació la esperanza, con todo lo que esto implica.

Sin embargo, es mucho lo que hay que remontar y elaborar para no volver a repetir. Muchos habitantes han quedado “fuera”, excluidos socialmente.

¹² Golse, Bernard: (2000) “Du traumatisme entre pulsions de vie et pulsions de mort ou de la passion à l’oubli”. En *Revue Française de Psychanalyse* 1 - 2000. Tome LXIV.

Y es un trabajo colectivo crear espacios de inclusión social, sobre todo para los niños que quedaron en los márgenes, "fuera del mapa" y sin futuro. Nosotros, como analistas, tendremos que seguir reflexionando sobre el peso de la realidad social en la constitución de la subjetividad y en nuestra tarea cotidiana.

Considero que la creación de un funcionamiento predominantemente ético posibilitará a niños y adolescentes el armado de una representación más confiable del entorno social y, por consiguiente, facilitará la construcción de proyectos y de vínculos sociales. También ayudará a tramitar lo vivenciado sin desmentirlo y a encontrar salidas complejizadoras frente a la crisis.

Podemos recordar lo que afirma Freud en "La transitoriedad"¹³: [...] "*Sabemos que el duelo, por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables. Cabe esperar que con las pérdidas de esta guerra no suceda de otro modo. Con sólo que se supere el duelo, se probará que nuestro alto aprecio por los bienes de la cultura no ha sufrido menoscabo por la experiencia de su fragilidad. Lo construiremos todo de nuevo, todo lo que la guerra ha destruido y quizá sobre un fundamento más sólido y más duraderamente que antes.*"

Primera versión: 4/8/03.

Aprobado: 2/9/03.

Bibliografía

Aulagnier, Piera: (1975) *La violencia de la interpretación*. Amorrortu Ed. Buenos Aires, 1977.

(1984) *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Amorrortu Ed. Buenos Aires, 1987.

Bion, Wilfred. R.: (1970) *Atención e interpretación*, Paidós, Buenos Aires, 1974.

¹³ Freud, Sigmund: "La transitoriedad", en *Obras Completas*, Tomo XIV, Amorrortu Ed. Buenos Aires, 1979.



(1974) *Seminarios de psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1991.

Chasseguet-Smirgel, Janine: (1975) *El ideal del yo. Ensayo psicoanalítico sobre la "enfermedad de idealidad"*, Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1991.

Freud, Sigmund: (1950a (1887-1902)) *Los orígenes del psicoanálisis*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, vol. 1, 1982.

(1914c) *Introducción al narcisismo*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Ed., vol. 14, 1979.

(1915c) *Pulsiones y destinos de pulsión*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Ed., vol. 14, 1979.

(1920g) *Más allá del principio del placer*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Ed., vol. 18, 1979.

(1923b) *El yo y el ello*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Ed., vol. 19, 1979.

(1926d) *Inhibición, síntoma y angustia*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Ed. vol. 20, 1979.

(1927) *El porvenir de una ilusión*, Ob. Cit., Amorrortu Ed., vol.21.

Galende, Emiliano: (1992) *Historia y repetición*, Paidós, Buenos Aires.

González, Fernando: (1998) *La guerra de las memorias*, Plaza y Valdés y Universidad Iberoamericana, México.

Green, André: (1972) *De locuras privadas*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1990.

Hornstein, Luis: (1993) *Práctica psicoanalítica e historia*, Paidós, Buenos Aires.

Janin Beatriz: (1989) "Aportes para repensar la psicopatología de la infancia y la adolescencia", en *Revista Argentina de Psicología*, Vol.40, Buenos Aires.

(1994) "Crisis ética y psicopatología infantil", *Revista Argentina de Psicología*, Vol. 44, Buenos Aires.

(1998) "Trastornos del afecto, trastornos del contexto, marcas en el cuerpo", *Revista Actualidad Psicológica* N° 257, Buenos Aires.

(1998) "Los trastornos tempranos en la estructuración del psiquismo: la historia vivencial", en *Revista Cuestiones de Infancia* Vol. 3, pp 7-22, Buenos Aires.

Kaës, R.; Faimberg, H.; Enriquez, M. et Baranes, J.J.: (1993) *Transmisión de la vida psíquica entre las generaciones*, Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1996.

Laplanche, Jean: (1992) *La prioridad del otro en psicoanálisis*, Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1996.

Maldavsky, David: (1995) *Pesadillas en vigilia. Sobre neurosis tóxicas y traumáticas*, Amorrortu Ed., Buenos Aires.

(1996) *Linajes abúlicos. Procesos tóxicos y traumáticos en estructuras vinculares*, Buenos Aires, Paidós.

Tisseron, S.; Torok, M.; Rand, N.: (1995) *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*, Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1997.

Resumen

Este trabajo trata de las consecuencias psíquicas en niños y adolescentes, de la crisis socio-económica que atravesó la Argentina en los últimos años. Se afirma que esta crisis ha traído aparejados la imposibilidad de preveer el futuro y la caída de parámetros. Se articula la idea del no futuro con una actualización de los fantasmas del pasado, así como de aquello que ha sido transmitido por las generaciones precedentes. Se postula su incidencia en la psicopatología infanto-juvenil actual.

Finalmente, se plantea la importancia de los proyectos colectivos y de la acción solidaria, que funcionan como instancias de organización que protegen, y a la vez permiten, la representación de un futuro posible.

Palabras claves: trauma; ideal del yo; psicopatología infanto-juvenil; fantasmas del pasado; proyecto colectivo.



Summary

This paper deals with psychic consequences on children and teenagers due to the socio-economic crisis which Argentina has been undergoing during the last few years. It is maintained that this state of affairs has brought about an impossibility to foresee the future, as well as the loss of standards and norms. The idea of no-future is articulated with a revival, not only of the phantoms of the past, but also of what has been transmitted by former generations. Its influence on the psychopathology of infancy and youth is postulated.

Finally, stress is laid on the importance of collective enterprise, as well as of action based upon solidarity, which function as organisers, not only protecting, but also enabling the representation of a possible future.

Key words: trauma; ego ideal; psychopathology of infancy and youth; phantoms of the past; collective enterprise; future.

Résumé

Le présent travail aborde les conséquences psychiques, chez les enfants et les adolescents, de la crise socio-économique traversée par l'Argentine au cours des dernières années. Il affirme que cette crise a entraîné l'impossibilité de prévoir l'avenir et la chute des paramètres. Cette idée de non-avenir est articulée avec une actualisation des fantasmes du passé, ainsi qu'avec ce qui a été transmis par les générations précédentes. Son influence est posée comme évidente sur la psychopathologie infanto-juvénile actuelle.

Finalement, le travail expose l'importance des projets collectifs et de l'action solidaire, qui jouent le rôle d'instances d'organisation protectrices et qui permettent en même temps la représentation d'un avenir possible.

Mots clés: trauma; idéal du moi; psychopathologie infanto-juvénile; des fantasmes du passé; des projets collectifs.

Beatriz Janin
Av. Córdoba 3431, 10° "A"
(1188) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4963-2777; 4963-4729
beatrizjanin@yahoo.com